

Tema de discusión: teoría, método y situación actual de la psicología social

JOHN C. TURNER



Dirigir la correspondencia relacionada con este artículo a: José Fco. Morales Domínguez.
Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ciudad Universitaria, s/n. 28013 Madrid.

INTRODUCCION

John C. Turner pertenece a la nueva generación de psicólogos sociales ingleses. Tras un periodo en la Universidad de Sussex, en la que estudió con Marie Jahoda, pasó a la Universidad de Bristol para realizar su tesis doctoral con Henri Tajfel, convirtiéndose en uno de los miembros más activos del departamento de Psicología Social de dicha Universidad. Posteriormente permaneció un año en el Institute of Advanced Study en la Universidad de Princeton (USA) y tras la muerte de Tajfel es profesor asociado de Psicología Social en la Universidad Macquarie de New South Wales, Australia.

Su abundante producción científica, que representa la tradición tajfeliana en Psicología Social, se caracteriza por una alta coherencia interna y una progresión constante desde sus inicios. Se ha desarrollado a través de un diálogo y confrontación con otras posiciones teóricas de la Psicología Social. Entre ellas, la teoría de la categorización social de Doise, la explicación funcional de Sherif del conflicto intergrupal, las explicaciones individualistas de la conducta intergrupal como la «congruencia de creencias» de Rokeach, las críticas a la artificialidad de la situación experimental, el uso campbelliano de la validez externa y, más recientemente, la teoría de la interdependencia. El resultado es una compleja teoría de la identidad social y de la categorización del yo que surge de una investigación experimental rigurosa y sistemática.

El contenido intrínseco de su trabajo y su posición como observador privilegiado del panorama de la Psicología Social hacen que sus opiniones encierren interés para los psicólogos sociales y los científicos sociales en general.

RESUMEN DEL CONTENIDO DE LOS PRINCIPALES TRABAJOS (EN ORDEN CRONOLOGICO APROXIMADO)

La búsqueda de la identidad social positiva, y no la categorización social, es lo que explica los resultados obtenidos en el paradigma experimental del grupo mínimo (Turner, 1975). El favoritismo endogrupal mínimo se basa en procesos de comparación social y no en conflicto de intereses monetarios o materiales y presupone que el individuo se ha identificado con el endogrupo (Turner, 1978a). El hecho de que el proceso de comparación social se ponga en marcha y de que la comparación sea importante para el sujeto determinará la existencia o no de discriminación intergrupal (Turner, 1978b). Las situaciones de desigualdad percibidas como inestables e ilegítimas llevan a intentos de cambio en los grupos subordinados o desfavorecidos; en cambio, si las relaciones de status son legítimas pero inestables son los grupos favorecidos o superiores los de mayor sesgo endogrupal (Turner y Brown, 1979). La competición social intergrupal no depende del interés monetario del grupo puesto que se da incluso en condiciones en que este último resulta perjudicado (Turner, Brown y Tajfel, 1979). La probabilidad de conflicto intergrupal aumenta en aquellos casos en los que se percibe al grupo dominante como un grupo con el que la comparación es pertinente (Tajfel y Turner, 1979). El grupo es, por una parte, un constructo cognitivo; por otra, una realidad social; existe un bucle causal continuo entre los procesos psicológicos y sociales en la determinación de la conducta de los miembros del grupo (Turner y Giles, 1981). La despersonalización psicológica, proceso por el que las personas se ven a sí mismas como relativamente intercambia-

bles con los miembros del endogrupo, está en la base tanto de la conducta intergrupal como de la intragrupal: la verdadera oposición se da entre lo interpersonal, por una parte, y lo intragrupal e intergrupal, por otra (Brown y Turner, 1981). El modelo de la Cohesión Social explica la formación del grupo apelando a motivaciones individuales. El modelo de la Identificación Social postula que la categorización social, y no la atracción interpersonal, puede ser causa necesaria y suficiente para la conducta de grupo (Turner, 1981a). El modelo de la Identificación Social es superior empírica y teóricamente al modelo de la Cohesión Social porque la definición cognitiva del grupo explica un número mayor de datos empíricos y proporciona un marco integrador de la conducta inter e intragrupal a partir del proceso de categorización del yo (Turner, 1982). La estereotipación del yo produce la despersonalización del yo, la intercambiabilidad perceptiva de uno mismo con las otras personas del grupo en dimensiones relevantes. Este proceso permite explicar aspectos tan distintos de la conducta grupal como la atracción mutua, la cooperación, el altruismo y las uniformidades compartidas en actitudes y conductas. Tanto el éxito como el fracaso del grupo pueden aumentar la cohesión grupal siempre y cuando ocurran bajo unas condiciones en las que las personas se vean inducidas a definirse como miembros del grupo (Turner, 1984). El concepto de grupo no es teóricamente superfluo porque la formación del grupo no se basa en la atracción interpersonal y porque ni la cooperación ni la influencia grupales se derivan de la persecución del interés propio o de la interdependencia entre los componentes del grupo: lo importante es el proceso de despersonalización cuyos antecedentes tienen que ver con las condiciones que inducen a una persona a categorizarse a sí misma como miembro del grupo y cuyas consecuencias son los diversos procesos grupales (Turner, 1985). La teoría de la categorización del yo permite integrar una amplia serie de procesos psicosociales como la polarización de grupo, la categorización, la influencia, la cohesión y la conducta colectiva, entre otros (Turner, 1987). Las críticas al uso de la experimentación psicosocial suelen perder de vista que la justificación última de esta es la elaboración teórica. En Psicología Social no se generalizan resultados por inducción sino construyendo teorías sobre procesos psicosociales cada vez más refinadas y con mayor apoyo empírico (Turner, 1981b).

(Ver referencias bibliográficas al final para identificar los diversos trabajos citados)

UNA CONVERSACION CON JOHN C. TURNER

J. Francisco Morales

Mantuvimos esta conversación con el profesor Turner en su despacho de la Universidad Macquarie a mediados de agosto de 1986. La grabación original se transcribió literalmente para que el profesor Turner realizase los oportunos retoques formales: eliminación de redundancias, clarificación de ciertas expresiones, etc. Con esta salvedad, la transcripción que aquí se ofrece traducida al castellano coincide con la conversación grabada.

Pregunta: Doctor Turner, ¿de dónde surge su interés por la Psicología Social?

Respuesta: ¿De dónde surge mi interés por la Psicología Social? La verdad es que no lo sé. Llegué a la Psicología Social por accidente y sin captar las impli-

caciones de este hecho. Me resulta difícil decir con mayor precisión de dónde surge mi interés.

P.: Durante su periodo de estudiante de primer ciclo en la Universidad de Sussex fue discípulo de Marie Jahoda. ¿Ha ejercido este período inicial de adiestramiento alguna influencia duradera en su obra?

R.: Creo que la respuesta es sí y no. Marie fue mi tutora, pero fui alumno de todos los miembros del Departamento de Psicología Social de Sussex. Es decir, no hay que pensar en una sola persona. Sin embargo, no se trata de una influencia directa. No me he interesado por un tema particular ni he adoptado un enfoque o método particular debido a mi adiestramiento en Sussex. Digamos que me proporcionó una buena y completa fundamentación en Psicología Social. Por ejemplo, desde el principio nunca creí que la Psicología Social fuese una especie de pequeña área o conjunto de áreas de la Psicología. Siempre creí que era una disciplina diferenciada y todavía lo creo en la actualidad.

P.: Posteriormente realizó su doctorado en el departamento de Psicología Social de la Universidad de Bristol. Dejando aparte, por el momento, su colaboración con el último Henri Tajfel, ¿hasta qué punto ejerció este segundo período de adiestramiento una influencia sobre su trabajo pasado y presente?

R.: Supone una fuerte restricción olvidar mi colaboración con el último Henri Tajfel. Resulta muy difícil, puesto que de hecho mi tesis doctoral la dirigió Henri. Y fui a Bristol porque Henri me pidió que fuera allí y porque me impresionó desde el primer momento en que lo conocí. Más aún, desde la primera vez que nos encontramos, en la entrevista en la que se decidía si se me daba o no una beca para realizar el doctorado, nos dimos cuenta de que nos poníamos de acuerdo prácticamente en todo y así fue hasta el final. No me resulta posible olvidar mi colaboración con Tajfel porque esa fue, en mi opinión, la esencia de mi adiestramiento. Adiestramiento no es la palabra correcta porque el doctorado en Bristol no era en realidad un curso formal. No se nos adiestraba formalmente en nada. Simplemente hacíamos nuestra investigación independiente bajo la supervisión de alguien y así trabajamos Henri y yo. Eramos muy independientes por lo que se refiere a la redacción, a la elaboración de ideas, a las lecturas que hacíamos o a lo que pensábamos. Pero siempre estábamos intercambiando ideas y siempre encontramos que nuestros enfoques eran compatibles y mutuamente estimulantes.

P.: Cabe dividir su trabajo teórico en tres partes sucesivas. La primera se centra en la formulación de la teoría de la comparación-competición-identidad social. Descansa sobre un trabajo experimental que trata de corregir algunas tesis fundamentales de la Psicología Social dominante desde una perspectiva externa, por así decir. En la segunda fase presenciamos un serio asalto al concepto de grupo. Aquí los resultados de la primera fase se utilizan para introducir una visión nueva de una de las unidades de análisis más importantes de la Psicología Social: el grupo humano. En el libro que va a publicar se ilustra la tercera fase: la formulación de la teoría de la categorización del yo, que supone un intento de reexplicar una amplia gama de fenómenos psicosociales (cohesión de grupo, polarización, influencia, conducta colectiva, entre otros) recurriendo a sus desarrollos teóricos previos. ¿Piensa usted que esta triple división hace justicia a su evolución teórica?

R.: Sí. Las fechas son ligeramente diferentes. Lo veo más como dos estadios,

pero no estoy realmente en desacuerdo con lo que acaba de decir. He trabajado sobre la teoría de la identidad social desde que llegué a Bristol en 1971 y de hecho mi primer artículo lo escribí en 1971, aunque lo publiqué en 1975. Durante mi época de estudiante de doctorado de Henri Tajfel trabajé muy intensamente con él en la teoría de la identidad social y luego en el proyecto intergrupal entre 1974 y 1977, que era una continuación de la misma línea, aunque la teoría había evolucionado algo. Y la división real llegó después, alrededor de 1978, cuando comencé a interesarme por una cuestión que consideraba más básica y que guarda relación con los efectos de las categorizaciones sociales sobre la conducta de grupo o el proceso de grupo. Pero es que incluso ahí, donde hay una discontinuidad importante, hay también vínculos claros con el estadio anterior, al margen del concepto mismo de identidad social.

Ya en mi primer artículo de 1971, que como he dicho escribí en 1971, aunque se publicó en 1975, en el *European Journal of Social Psychology* (EJSP), ya en él una de las preguntas importantes que planteaba no era exactamente por qué los sujetos discriminaban en el paradigma de grupo mínimo, sino por qué se identificaban, por qué actuaban como miembros del grupo. Por tanto, ya desde el principio, consideré esto como algo sorprendente dentro del paradigma.

Por otra parte, al pensar en cómo surgió mi interés por el grupo, veo que comenzó al tener en cuenta la idea de la necesidad de una identidad social positiva. Nuestro trabajo de investigación en torno a 1977 y 1978 trataba de explicar el cambio y la estabilidad sociales. Llegamos a la posición según la cual bajo ciertas condiciones el cambio social se iniciaría cuando un grupo de bajo status viese su relación con el grupo dominante como una relación a la vez inestable e ilegítima. Ello debería tender a producir comparaciones sociales intergrupales y etnocentrismo. Pero la pregunta era: si la teoría tradicional del grupo es correcta, ¿por qué personas de bajo status continuaban identificándose con el grupo de bajo status? Si alguien era miembro de un grupo dominado, explotado, oprimido, con bajo status e identidad negativa, ¿por qué llegaba a definirse a sí mismo como miembro de tal grupo? Psicológicamente hablando, no quedaba claro por qué no aspiraban simplemente a unirse al grupo de alto status. Por supuesto, a veces lo hacían. Pero dado que el cambio social se produce, tenía que haber una forma de explicar cómo los miembros de los grupos de bajo status podían continuar identificándose con los grupos de bajo status ya que éstos no proporcionaban recompensas o prestigio. Y aquí fue donde comencé a pensar que tal vez el concepto de cohesividad, que se basaba directamente en la teoría del reforzamiento o de la satisfacción de necesidades, era inadecuada.

Por tanto, había una continuidad pero, sin embargo, se produjo, como usted señala, una división real alrededor de 1978, cuando empecé a perder interés por el problema de la discriminación o conflicto o, para ser más exacto, no es que perdiera interés, sino que creí que estaba resuelto, al menos hasta donde podía estarlo.

Y comenzaron a tomar fuerza un conjunto diferente de preguntas desde 1978, más o menos. Hasta 1971-1972 estuvimos explorando el grado en que este enfoque del grupo podía ser productivo o fructífero. Tras contrastarlo, a partir de esa fecha tuve una confianza razonable en que lo estaba usando realmente para resolver problemas, no para mostrar que existían problemas. Creo que en la actualidad ese período está llegando a su fin porque considero que es una teoría alternativa desarrollada y madura.

P.: ¿Por qué sintió la necesidad de aplicar la idea de la «competición social» a la explicación de la conducta intergrupar? Después de todo, el principal objetivo del trabajo de Tajfel consistía en ofrecer una explicación cognitiva del conflicto intergrupar y la idea de la «competición social» parece retomar los aspectos motivacionales.

R.: No, realmente no. La idea de la competición social es tanto de Henri como mía. Le he oído antes mencionar que el enfoque de Henri era inicialmente cognitivo y que yo fui la persona que introdujo el concepto de auto-estima y esto no es correcto. Cuando yo redactaba mi artículo de 1971 sobre el concepto de competición social y sobre la necesidad de autoevaluación positiva estaba siguiendo directamente sugerencias que me hacía Henri. Y, por supuesto, recuerdo que en aquel momento sólo se había publicado un artículo sobre la teoría de la identidad social y ese artículo estaba incluido en el texto de Moscovici, por lo tanto, en francés: «L'introduction à la Psychologie Sociale», de 1972.

Había en él un capítulo de Henri sobre la categorización social. Hacia el final, en dos o tres páginas, se recogía la idea de la identidad social y se introducía lo que en aquel momento Henri consideraba, al igual que yo, el concepto fundamental, que no era el concepto de identidad social, aunque éste era un elemento importante, sino la noción según la cual la comparación entre grupos lleva a una búsqueda de distintividad frente a las comparaciones que se producen dentro del grupo que, como sugiere Festinger, llevan a la uniformidad. La primera vez que hablé con Henri sobre la teoría, en 1971, él me avanzó esta idea, a saber, que la distintividad positiva es una función de las comparaciones intergrupales motivadas por la búsqueda de la identidad social positiva y de la distintividad positiva. Y de hecho es el artículo en el que habla de esto, el de 1972, el que marca el inicio de la teoría de la identidad social.

Hay ideas similares en su artículo de 1969, «Aspectos cognitivos del prejuicio», en el que comienza a hablar del yo, pero ahí sí que hay un énfasis cognitivo: habla de la coherencia, de la integridad del yo y de la necesidad de mantener la integridad del yo. Y por esta razón precisamente no constituye el inicio de la teoría de la identidad social. Cuando en su artículo de 1972 Henri avanzó esta idea básica, la de que los grupos tienen una necesidad de mantener la distintividad positiva, no avanzaba una teoría del conflicto, al menos directamente, no avanzaba una teoría de la competición ni de la discriminación. Ni siquiera en este artículo de 1972 usó esta idea para explicar los datos de la categorización social. Así surgió este concepto.

P.: Según la idea de la competición social, existe una tendencia unilateral a la competición intergrupar. Según Tajfel, en la evaluación del yo, existe una tendencia unilateral hacia arriba. ¿Cuál es, en su opinión, la naturaleza de esta tendencia o impulso? ¿Es algo universal o es específico de las sociedades occidentales? ¿Es innato o adquirido?

R.: Pretender responder de manera específica a esta pregunta puede inducir a error. La impresión que yo tengo es la misma que con respecto a muchas hipótesis psicosociológicas y es que, en el trabajo experimental, al tratar de desarrollar teorías de los procesos básicos, se trabaja con una hipótesis tentativa y provisional de que el proceso es universal. Se trata de una hipótesis tentativa y provisional, de una hipótesis de trabajo. No es algo que se mantenga emocionalmente. Es, simplemente, una consecuencia del método de construcción de teorías. Así pues, no tengo fijaciones emocionales acerca de la idea de que tiene

que ser universal. Pero suponer que lo es es la forma correcta de trabajar, aunque sólo sea un supuesto.

Aquí vuelvo a estar de acuerdo con Henri. La posición de Henri, que también es la mía, no es que un proceso tenga que ser universal en un sentido dogmático, aunque sospecho que éste lo es, sino más bien que, aun siendo universal, sigue teniendo la suficiente importancia como para que se estudie. Un proceso no es inválido por el simple hecho de no ser universal. Y esto vale tanto para los procesos como para los datos. Los datos experimentales o los procesos experimentales no son inválidos porque no se dan en otros lugares, momentos o culturas. Todavía tienen que ser explicados en sus propios términos. Y ¿cómo se desarrolla, en última instancia, una teoría universal y válida en diferentes culturas? No creo que esto se consiga buscando las leyes empíricas inmediatamente válidas en todos los momentos y en todos los lugares. Creo que tales cosas no existen. Lo que se intenta es realizar un análisis cuidadoso, detallado y sistemático de un fenómeno que se ha delineado cuidadosamente con la esperanza de conseguir una comprensión de los procesos generales que luego puede extenderse. Así, por ejemplo, no veo diferencia, en principio, entre el estudio de un fenómeno que varía dentro de una cultura y el estudio de un fenómeno que varía entre culturas diferentes. Dentro de lo que sé, todos los fenómenos varían; varían tanto dentro como entre culturas y la tarea de la construcción teórica consiste en desarrollar principios generales que nos permitan explicar sistemáticamente tal variación. Y de esta forma la búsqueda de la teoría es siempre la búsqueda de la comprensión de las variaciones.

P.: En su trabajo teórico y empírico ha prestado gran atención a los procesos de comparación social y su investigación ha demostrado, más allá de toda duda, la importancia de sus efectos. Por desgracia, sus condiciones antecedentes todavía nos resultan bastante desconocidas. ¿Estaría usted de acuerdo conmigo en que éste es el punto en el que su trabajo experimental ha llegado a los resultados menos concluyentes?

R.: Sí. Mi experiencia me dice que es bastante insólito conseguir un experimento, sobre todo cuando éste tiene más de dos factores, en el que las predicciones se cumplan perfectamente. Incluso cuando el espíritu de las predicciones se mantiene, lo que sucede con frecuencia, puede resultar que las predicciones específicas se desconfirman. Los experimentos son complicados y pese a que empleamos nuestros mejores esfuerzos en generar situaciones simples, con mucha frecuencia no lo logramos. Así que si se refiere al estudio de Turner y Brown de 1978, tiene usted toda la razón. Lo que predecíamos, en general, era que el sesgo endogrupal, como expresión de la competición intergrupal y del etnocentrismo, aumentaría en la medida en que las comparaciones sociales entre los grupos fuesen inseguras. Y definimos y operacionalizamos la inseguridad en función de la ilegitimidad y de la inestabilidad.

Pero de hecho no encontramos dos efectos principales. No sucedió que estas dos variables se sumasen sin más para incrementar el grado de sesgo endogrupal. Existía una interacción compleja entre ellas y el status de los grupos. Por ejemplo, el grupo de alto status, que veía su posición como legítima, pero inestable, era extraordinariamente discriminatorio. Un grupo de alto status que veía su posición como ilegítima e inestable era relativamente no-discriminatorio.

Por tanto, había interacciones de este orden. Pero, en nuestra opinión, estas interacciones tenían sentido y se comprendían inmediatamente. Y el principio general, según el cual estas variables, ilegitimidad e inestabilidad, tendían a

acompañar el incremento de sesgo, se mantenía en líneas generales. Por ejemplo, era el grupo de bajo status que tenía ilegitimidad e inestabilidad el que mostraba más sesgo. De modo que aunque usted tiene razón al decir que no se confirmaron las predicciones particulares, nuestra interpretación es que el espíritu general del análisis se confirmó.

P.: Táffel defendió con firmeza la existencia de un continuo interpersonal-intergrupar. Usted también lo ha usado ampliamente en su trabajo teórico aunque insistiendo en el hecho de que se trata de una dimensión continua, no dicotómica, lo que permite que exista una gradación entre las conductas de interés para la Psicología Social. Han pasado ya muchos años desde la formulación original de Táffel. ¿Cree usted que la existencia de esta dimensión todavía se puede mantener?

R.: Sí, es fundamental. Originalmente Henri formuló esta dimensión para dar sentido a algunos de los datos de mi investigación. De hecho, mi investigación inicial en la que encontré la discriminación entre el endogrupo y el exogrupo y entre el yo y los otros generó unos datos que sugirieron a Henri la idea del continuo interpersonal-intergrupar. Al principio era una noción bastante empírica, un supuesto empírico pero parte de lo que he estado haciendo al redefinir el concepto de grupo ha sido convertirlo en una noción explicativa. Y de hecho ahora de lo que hablo esencialmente no es tanto de un continuo interpersonal-grupal o intergrupo sino más bien de la variación en el nivel de abstracción de la categorización del yo. Tiene que ver realmente con la identidad, de la que es una variación. Y es la variación en el nivel de abstracción de la identidad lo que subyace al cambio en la conducta de lo interpersonal a lo grupal. Por tanto, en esencia, cabría pensar en la teoría de la categorización del yo como un intento de explicar la variación en el continuo interpersonal-grupal.

Ahora bien, ¿en qué sentido es o no una dicotomía? Hay una gran confusión sobre este punto. No es una dicotomía en el sentido de que en una situación particular alguien puede pensar de sí mismo o puede definirse a sí mismo como una persona individual y como miembro de un grupo particular o de muchos grupos. Así pues, en ese sentido no es una dicotomía. Alguien puede definirse a sí mismo simultáneamente tanto en el nivel personal como al nivel social. Al mismo tiempo cabría pensar que la percepción del yo varía a lo largo de un continuo en el que un extremo es simplemente la percepción personal del yo y el otro extremo es la percepción social del yo o identidad social, de tal forma que existe un continuo en ese sentido.

Ahora bien, lo importante es que hay un conflicto entre los dos. Hay un antagonismo entre los dos. En otras palabras, en la medida en que existen presiones que tienden a hacer saliente una pertenencia grupal particular en la percepción del yo resulta más difícil que alguien pueda verse a sí mismo como una persona individual en ese contexto. De forma que creo que hay un antagonismo funcional entre los dos polos pero ese antagonismo funcional no significa que exista una situación dicotómica. El continuo, de hecho, describe los diversos grados de la posible relación inversa entre los dos polos.

P.: Durante muchos años la Psicología Social ha promovido el estudio de las relaciones interpersonales por sí mismas. Sirva como ejemplo el caso de Newcomb y su «Acquaintance Process». Se trata, por supuesto, de una obra ya muy antigua, pero creo que puede valer como punto de referencia en esta pregunta. Si mi interpretación del trabajo de Newcomb es correcta, entiendo que su objetivo era mostrar que las relaciones interpersonales

son el resultado de la operación conjunta de procesos psicológicos (motivación, percepción, cognición, etc.) y sociales (origen social, edad, ocupación, etc.) y, por ello mismo, objeto adecuado para el análisis psicosocial. Cuando Tüffel apela al continuo interpersonal interpersonal-intergrupar, ¿está dando a entender que la obra de Newcomb y otras obras similares pueden ser tachadas de reduccionistas?

R.: La respuesta es no. No, no pueden serlo. Yo no creo que el individualismo tenga que ver con el objeto de la investigación. Se puede estudiar todo. Esto no implica que se tenga que ser individualista. Es perfectamente legítimo, por ejemplo, estudiar los sesgos cognitivos y los errores cognitivos. No es a esto a lo que llamamos individualismo. El individualismo no es el estudio de los procesos individuales o de los procesos interpersonales. El individualismo es una metateoría de la relación entre el individuo y la sociedad. De forma muy cruda, es el tipo de teoría que no sólo reduce la sociedad sino que también, en cierto sentido, degrada al individuo al cercenarle su dimensión social. Así pues, un individualista no es alguien que estudia un problema particular, sino alguien que extrae conclusiones incorrectas de lo que está estudiando y que hace inferencias incorrectas o inapropiadas y extrapolaciones de esos procesos particulares a procesos de orden superior o procesos sociales. Alguien que trata de explicar la Segunda Guerra Mundial recurriendo a la amistad interpersonal es un individualista. Pero alguien que simplemente estudia las amistades interpersonales y no extrae conclusiones impropias no es un individualista.

P.: En muchos casos existe un notable paralelismo entre las conductas interpersonales e intergrupales de tal forma que parece que éstas se manifiestan a través de aquéllas. Para concretar, la identificación con el grupo aumenta la cohesión dentro del grupo y la obediencia a las normas del grupo entre otros efectos. El conflicto intergrupar se manifiesta a través de la conducta interpersonal de la solidaridad intragrupal, percepción peyorativa común de los miembros del exogrupo y otras. ¿No diría usted que todos estos datos hablan a favor de una relación complementaria, no opuesta, entre la conducta interpersonal e intergrupar? ¿No cabría decir, en este sentido, que no ocupan polos diferentes de un continuo?

R.: No creo que sea muy correcto. En parte, lo que estoy intentando hacer es proporcionar definiciones teóricas de fenómenos interpersonales y grupales allí donde antes teníamos definiciones descriptivas. Así, para mí, por ejemplo, la relación entre dos personas no necesita ser interpersonal. La actividad de muchas personas no necesita ser grupal. Se trata más bien de que está determinando la conducta, de cuáles son los procesos psicológicos que determinan la conducta y las relaciones entre personas. Ahora bien, desde este punto de vista cabría decir que el análisis de la identidad social puede proporcionar una explicación de muchos tipos de relaciones sociales que con anterioridad podríamos haber considerado interpersonales.

Por ejemplo, muchos de los fenómenos revisados por Lott y Lott en su revisión de la cohesividad grupal en mil novecientos sesenta y cinco se consideraban como índices de atracción interpersonal. En la actualidad yo los reinterpretaría como expresiones de identidad social, como fenómenos intergrupales, no como fenómenos interpersonales, teóricamente. Así, en este sentido, el análisis de la identidad social o de la categorización del yo puede reinterpretar como intergrupales muchos fenómenos que antes se consideraron interpersonales e intragrupal en un plano descriptivo. Sin embargo, creo que todavía es cierto

que existe descriptivamente una distinción real entre algunos tipos de relaciones sociales y otros de forma que el concepto de grupo no las explica todas.

P.: ¿Estaría usted de acuerdo en que el continuo taffeliano interpersonal-intergrupál está pensado más para la explicación que para la descripción? En otras palabras, ¿es correcto afirmar que lo intergrupál se opone a lo interpersonal como un principio explicativo de la conducta social y no como una descripción de esa misma conducta?

R.: No. He de reconocer que hay un elemento de verdad en su pregunta, en el sentido de que esta teoría concreta, la teoría de la categorización del yo, es un análisis de procesos y no una descripción de relaciones sociales. Esto es cierto. Nosotros no pretendemos ofrecer un modelo sociológico de relaciones sociales. Estamos intentando ofrecer un análisis de procesos psicológicos.

Sin embargo, no creo que sea cierto que el concepto de grupo sea siempre o sea, si usted lo prefiere, la teoría de la conducta social observada que sigue siendo todavía interpersonal. No, existen muchas conductas sociales que observamos como grupales y no como interpersonales. Es difícil contestar esta pregunta en pocas palabras porque resulta necesario asumir familiaridad con la teoría de la categorización del yo. Ello no implica que el concepto de grupo esté siempre involucrado en la conducta interpersonal. No estoy diciendo que la conducta interpersonal desaparezca cuando existe sólo conducta grupal. No, no es eso lo que estoy diciendo.

P.: En su concepción del grupo, la despersonalización es el proceso psicológico que subyace a la aparición de los fenómenos intergrupales e implica una «intercambiabilidad máxima» entre el yo y los otros miembros del endogrupo. Desde esta perspectiva, ¿cómo se pueden explicar los conflictos intragrupales y sus manifestaciones como la diferenciación de poder y de status y la existencia de coaliciones dentro de los grupos?

R.: Lo primero que tengo que señalar es que la despersonalización no se define como la intercambiabilidad máxima. La despersonalización es el efecto de la variación en la saliencia de la identidad social. Por ello, es un asunto de grado. Y esto ya se ha dicho. Cabe pensar en la percepción del yo como un continuo que en la mayoría de los casos implica algún grado de percepción personal del yo y algún grado de identidad social. Por tanto, también la despersonalización es relativa. Simultáneamente al tiempo se está despersonalizado y se es una persona, según el lugar que se ocupe en el continuo. De manera que la despersonalización, en primer lugar, no implica la ausencia de diferenciación dentro de un grupo. Lo que dice es que bajo ciertas condiciones que aumentan la saliencia de la pertenencia endo-exogrupal las diferenciaciones personales se harán menos salientes, se minimizarán, pero no dejarán de existir necesariamente. Este es el primer punto.

El segundo punto es, tomemos el ejemplo que usted propuso, el ejemplo del status, del poder, de las coaliciones. Lo primero que hay que plantearse es: ¿en qué sentido representan diferenciaciones personales? ¿Representan diferencias de personalidad? ¿Son luchas de personalidad? No todas las diferenciaciones dentro de un grupo reflejan diferencias personales. Algunas de estas diferenciaciones reflejan, por ejemplo, aspectos organizativos del grupo, como roles sociales y normas sociales. Representan una estructura institucional. En otras palabras, no son simples diferencias personales. Pueden ser diferenciaciones de rol. O diferenciaciones de status. Si tomamos el concepto de rol, no es cierto que una persona que se diferencia de otra dentro del grupo en virtud de su

posición de rol sea diferente por el hecho de ser una persona única. Un rol es una expresión de la norma compartida. Los roles se mantienen dentro del grupo. Un rol lo acepta el grupo, lo mantienen todos sus integrantes. No todos lo desempeñan necesariamente pero todos lo mantienen. Y parte del concepto de rol es la idea de que cualquier miembro y todos los miembros del grupo que se encuentren en una posición particular deberían comportarse de una forma particular. Así pues, el rol es algo que implica intercambiabilidad. Es algo que implica que cualquier persona debería poder hacer lo mismo que cualquier otra cuando se le aplica el concepto de rol. De hecho, esto ya lo apuntó Deutsch en 1949. La idea misma de diferenciación de rol implica posibilidad de intersustitución. Decía Deutsch: si alguien está en un grupo, por ejemplo, y está cooperando y parte de esta cooperación es una división del trabajo, ¿cómo es posible que permita que la acción de cualquier otra persona tome el lugar de la suya? Alguien realiza una acción. Y realizo otra acción. Yo dejo que la acción de la persona tome el lugar de la mía y ellos dejan que mi acción tome el lugar de la suya. ¿Cómo? Porque son intersustituibles. Porque nos vemos a nosotros mismos trabajando de forma intersustitutiva hacia un objetivo común. Así pues, la diferenciación de rol presupone la posibilidad de intersustitución. Esto es lo que dijo Deutsch en 1949 y yo estoy de acuerdo con él.

P.: Usted y Giles mantienen en su artículo de 1981 que el grupo es un constructo cognitivo y, a la vez, una realidad social y que se debería asumir un bucle causal continuo entre los procesos psicológicos y sociales en la determinación de la conducta de los miembros del grupo. Me pregunto si esta circularidad es algo postulado o si es, por el contrario, lo que aparece realmente en las investigaciones concretas y puntuales sobre los grupos. Si esto último es cierto, ¿podría usted ofrecer algún ejemplo?

R.: Es postulado. Pero ello no quiere decir que sea un supuesto puramente analítico o tautológico. Lo vemos como un enunciado empírico pero es un enunciado empírico amplio. Tiene que ver en realidad con la esencia de la Psicología Social. Penélope Oakes y yo elaboramos lo que entendemos por el bucle causal continuo con mucho mayor detalle en nuestro artículo de 1986 en el *British Journal of Social Psychology*. Así que en cierto sentido estamos debatiendo la naturaleza misma de la Psicología Social, que son exactamente los procesos psicosociales en relación con los psicológicos individuales u otras ciencias sociales. No se trata de ser capaz de apuntar a un experimento aislado que demuestra una definición de la Psicología Social aunque creo que hay muchos ejemplos que se pueden usar en concreto para ilustrar lo que quiero decir. Pero es algo que se ha de mostrar a través de una discusión y una argumentación cuidadosas. No es algo de lo que se pueda decir: por tanto, predigo A a partir de B y en este experimento lo contrasté y lo demostré. Es más complejo que eso.

Creo que la evidencia está ahí para quienes tengan la suficiente agudeza para descubrirla. Me parece, sin embargo, que esta frase no es muy afortunada. Déjeme que piense en algún ejemplo. No creo que hayamos realizado un estudio que mostrase este punto en un sentido temporal real. Pero sí hemos hecho estudios que implican este punto con una fuerza notable. Por ejemplo, en un estudio realizado por Penélope Oakes y por mí mismo sobre la saliencia de la categorización social defendemos y mostramos empíricamente que una categorización social se hace saliente en la percepción en la medida en que se ajusta a la realidad. Bien, entonces, en un sentido estamos sugiriendo que la categorización social existe porque refleja la realidad, la realidad social o los aspectos

colectivos de la realidad social. Pero también estamos diciendo, teóricamente, que los aspectos colectivos de la realidad social sólo resultan posibles por la saliencia de las categorizaciones sociales. Las dos cosas son ciertas y creemos que empíricamente demostrables. Y esto no es una circularidad. Es una relación dialéctica real. No es una tautología en ningún sentido.

P.: *Al defender que el proceso de identificación social subyace a la conducta de grupo ha orientado usted su esfuerzo teórico hacia una de las áreas clásicas de investigación de la Psicología Social dominante. ¿Es esta reorientación una extensión lógica de su trabajo anterior o es un intento deliberado de explorar la amplitud de la teoría de la identidad social?*

R.: Ambas cosas. Cuando alguien está intentando hacer investigación básica, creo que le incumbe la responsabilidad de buscar y encontrar las implicaciones más básicas y generales de su propio trabajo y de intentar desarrollarlo en las direcciones más importantes. ¿Existe alguien que desee desarrollar su trabajo en las direcciones menos importantes? De hecho, eso es lo que hacen muchos autores. Creo que Moscovici ya señaló esto en su artículo de 1972. Uno de los problemas de la Psicología Social es que existan tan pocos investigadores que intenten encontrar las implicaciones importantes de su trabajo. Se contentan simplemente con realizar una investigación fragmentada que no tiende a producir continuidad. Hicieron falta casi diez años, tal vez más, para que el concepto de polarización de grupo eclipsara al de «risky shift» (tendencia al riesgo). En lugar de decir inmediatamente que la tendencia al riesgo se generaliza, que es un ejemplo de un fenómeno más general, más importante, más básico, tal como al final se demostró, los investigadores se limitaban simplemente a seguir investigando este fenómeno terriblemente específico y minúsculo durante bastante tiempo.

Por tanto, creo que la respuesta es sí en el sentido de que creo que deberíamos progresar en una dirección más general, más básica y más sensata. Creo que esta es la forma en que la ciencia progresa. Y también es cierto que esto fue posible sólo porque planteaba preguntas generales y ofrecía promesas tentativas que parecían permitir algún tipo de enfoque fructífero a esta pregunta básica más general.

P.: *Usted ha usado la etiqueta «Modelo de Cohesión Social» como un denominador común de, digamos, la investigación convencional sobre los procesos de grupo. Me pregunto en qué medida este «Modelo» engloba realmente toda la investigación tradicional sobre grupos, como el trabajo de Janis sobre el «pensamiento grupal» en las personas que toman decisiones en grupos o el trabajo de Rosabeth Kanter sobre comunas utópicas (entre otros muchos que se podrían citar).*

R.: En mi libro «El redescubrimiento del grupo social» señalo que veo la teoría de la categorización social como una vuelta, en muchos sentidos, a la idea original del enfoque de la interdependencia, a la idea original de «Gestalt» que implicaba que los elementos interdependientes del sistema forman una nueva «Gestalt» del grupo de orden superior. En este sentido veo el trabajo inicial de personas como Sherif o como Asch y otros como una contribución inicial a la teoría de la categorización del yo.

Resumiendo: cuando hablo de interdependencia social y del modelo de cohesión social en un sentido crítico me refiero a la investigación postlewiniana y a la vieja investigación lewiniana de los años 50 y, en ella, en efecto, aunque hay un gran número de investigaciones que no plantean directa o explícitamente

la cuestión de la definición del proceso grupal, lo cierto es que, dentro de lo que conozco, no existe ninguna que no acepte el modelo general de la interdependencia social tal como yo lo he caracterizado.

Normalmente, cuando uno examina estas investigaciones con atención, advierte que si no se encuentra esta idea explícita, entonces es que está implícita. Los autores no tienen que defenderla explícitamente porque están acostumbrados a hacer uso de los supuestos aceptados en el campo. Y permítame que haga alusión aquí al artículo de Jones en la tercera edición del Handbook de 1985, porque hace la misma caracterización del campo que yo; al revisar la tradición de la Dinámica de Grupos y la investigación grupal desde el final de la Segunda Guerra Mundial la caracteriza explícitamente como interdependencia social.

P.: Usted ha abordado el estudio de los grupos paso a paso. El primer paso fue la interpretación del concepto de grupo desde una perspectiva cognitiva. El segundo paso fue la reinterpretación de algunos fenómenos grupales (cooperación, cohesión, etc.), recurriendo a la teoría de la identidad social. El paso tercero es la aplicación de una teoría más refinada a otros fenómenos grupales. A la vista de esta progresión, ¿podemos predecir una posterior extensión de la teoría al resto de los fenómenos grupales: conflicto intragrupo, coaliciones, diferenciación de status y de rol, pautas de comunicación y de interacción y así sucesivamente?

R.: Sí. Hasta cierto punto y en cierta medida, sí. Ya he dicho que no ha sido tan paso a paso como parece. En realidad, desde 1978, año en el que escribí el artículo que luego habría de publicarse en 1982, yo veo sólo una fase. Desde entonces he desarrollado las implicaciones de dicho artículo.

Ahora, por ejemplo, tengo mucho interés en aplicar la teoría de la categorización del yo al problema de la influencia minoritaria. Si se pudiese incluir la influencia minoritaria dentro de la teoría, tendríamos un panorama mucho más integrado de la influencia social. Eso es lo que en cierta medida Gabriel Mugny está haciendo. Creo que gran parte de su trabajo en los últimos años ha consistido en introducir el concepto de identidad en la explicación de la influencia minoritaria, en lo que ha tenido gran acierto. Y también sería útil que nosotros lo intentáramos.

De modo que la respuesta es sí. Pero no creo que la solución esté en tomar todos y cada uno de los fenómenos para luego someterlos a análisis sistemático y explicarlos. Creo que eso sería muy tedioso. Yo no encuentro los roles particularmente interesantes. De hecho, para mí, la cuestión general teóricamente interesante, es el proceso de influencia social y la generación de normas. Y si hay algo especialmente interesante en los roles, es un aspecto de esta cuestión.

Antes he dicho que, a mi juicio, dentro de la teoría ya se ha realizado el trabajo de consolidación y sistematización. Creo llegado el momento de buscar dónde resulta posible hacer progresos. Aunque queda mucho por hacer en la teoría de la categorización del yo, puesto que es preciso todavía someter a prueba muchas hipótesis y elaborar y refinar el modelo teórico, habría que adoptar una nueva perspectiva y tal vez volver a los problemas de la percepción social. Sospecho que en los próximos años mi interés volverá a concentrarse en la percepción social y en la cognición social, entendidas ambas en sentido amplio, y que se alejará de los procesos grupales tradicionales.

P.: En su opinión, ¿qué es más importante para la teoría de la categorización del yo: conseguir una exactitud máxima en la definición de

sus términos y una gran coherencia interna sacrificando su alcance o incrementar el alcance incluso a costa de ciertas inexactitudes en el edificio teórico?

R.: Bueno, por supuesto que en abstracto la respuesta es que ambas cosas son importantes y de ninguna forma podría decirse que una es más importante que la otra. Es como llevar las riendas de dos caballos: hay que mantenerlos alineados a los dos, aunque cada uno siempre tiende a adelantarse al otro. Así es como se desarrolló la teoría. Por ejemplo, comencé a pensar muy detenidamente en la categorización del yo cuando me enfrenté a un problema muy específico, el de la polarización del grupo. Y mi forma de trabajar consiste en intentar asegurar la coherencia lógica de la teoría en cada una de las fases, en introducir luego algún nuevo fenómeno o problema del que intuitivamente estoy convencido que se puede y debe explicar dentro de la teoría y en ver finalmente cómo se puede conseguir. Con frecuencia esto lleva a una reconceptualización completa, como sucedió en el caso de la polarización grupal influencia social. Precisamente la nueva denominación de la teoría, la de categorización del yo, quiere dar a entender que, en mi opinión, hemos puesto muchas millas de distancia con respecto a la teoría original de la identidad social. En el momento actual vemos la identidad social desde un prisma completamente diferente.

Pero hasta el momento he hablado sólo de la coherencia. La exactitud es algo diferente. Permítame que elabore este punto. No es realmente importante que una teoría sea correcta. Lo que es importante es que pueda ponerse a prueba. Podemos obtener ventajas importantes demostrando que una teoría es incorrecta. Así pues, para ser exacto, cuando estoy formulando una teoría nunca sé ni puedo saber si es correcta o no. Lo que es importante es que pueda dar cuenta del conocimiento existente y que resulte posible contrastarla empíricamente. Si da cuenta del conocimiento existente y si es empíricamente contrastable descubriremos si es exacta o no. Pero no importa que no se confirme. Si se desconfirma, creará nuevos problemas de investigación y ése es el trabajo importante que cumple la teoría: estimular la investigación teórico-empírica y garantizar el avance. Y podemos avanzar descubriendo que nos habíamos equivocado.

P.: *El primer volumen de la serie de Stephenson y Davis, «Progress in Applied Social Psychology», publicado en 1981, se abría con un capítulo que usted había escrito sobre «Algunos problemas en la generalización de la Psicología Social experimental». Dentro de lo que conozco, usted nunca había abordado con anterioridad el problema de las aplicaciones. ¿Cómo es que su conocimiento del campo era tan preciso y, a la vez, tan amplio?*

R.: En parte, simplemente, porque si uno es miembro de una activa comunidad psicosocial en Inglaterra y acude a conferencias y reuniones, acaba por hacerse una idea de lo que está pasando. Esto es lo primero. Lo segundo es simplemente trabajo. Yo no me lancé a escribir un artículo sobre la Psicología Social aplicada sino sobre el método experimental, del que tenía un conocimiento básico a través de la práctica de la experimentación y de la discusión y del debate continuos con colegas, muchas veces críticos, durante muchos años. De modo que en mi mente tenía una idea clara de a dónde debía encaminar mi argumento y, luego, para el artículo, trabajé intensamente y leí todo el material relevante con el fin de garantizar que no había errores en mi argumento y que no me había saltado ningún punto importante. Así pues, en realidad, la respuesta es que no tenía un conocimiento muy amplio de la Psicología Social

aplicada y que el que tenía no estaba muy formalizado pero durante el año que empleé en escribirlo leí y trabajé intensamente.

P.: En ese capítulo criticaba usted el concepto de validez externa de Campbell y lo hacía, a mi juicio, muy convincentemente. ¿Pero no cree que al hacerlo rechazaba usted una posición que goza de amplia mayoría en la Psicología Social y que pasaba a adoptar una posición minoritaria?

R.: Sí, claro; lo creo. Esta es una de las razones por las que escribí el artículo, porque estoy convencido de que la posición mayoritaria en la Psicología Social sobre la naturaleza de la generalización de los datos, y refirámonos ahora específicamente a Campbell, es incorrecta. Es la principal fuente de, por lo menos, la inquietud intelectual frente a la experimentación. A lo largo de los años llegué a sentirme francamente irritado y hasta harto de lo que, a mi juicio, cabría calificar como críticas lamentablemente chapuceras y amateurs de la experimentación. Y muchas de ellas procedían de esta visión fundamentalmente falaz de la naturaleza de la generalización. La idea, en esencia, confunde la generalidad empírica del fenómeno con la posibilidad de generalizar el fenómeno. Por desgracia compruebo que es una falacia muy extendida y que todavía los estudiantes la reproducen, puesto que la reciben de sus profesores, de modo que muchas personas que se dedican a la investigación siguen manteniéndola. Así que, en efecto, mi posición es minoritaria y ello debido a que la mayoría carece de argumentos convincentes porque no tiene un interés muy decidido por la metodología o la filosofía de la ciencia.

P.: En ese mismo capítulo descartaba usted la propuesta de Brunswik de la representatividad de las situaciones de estudio (validez ecológica) como una forma de superar la «artificialidad» de los experimentos. ¿Piensa realmente que la mera representatividad de la situación de estudio puede ser perjudicial para la investigación?

R.: La respuesta, obviamente, es sí, en la investigación experimental. De nuevo tengo que señalar que la mayoría de las personas con las que consulté cuando escribía el artículo no sabían lo que era la validez ecológica. Era una palabra muy de moda. Las personas la usaban en lugar de la validez externa y creían que aludía a un fenómeno que se podía estudiar en su contexto natural o que se podía reproducir en su contexto natural. Pero no lo comprendían realmente en el sentido de Brunswik de un ejemplo representativo, aleatoriamente muestreado, de alguna ecología natural, que no es lo mismo. Y yo creo que la representatividad es útil, como afirmaba en el artículo, si de lo que se trata es de extraer conclusiones descriptivas acerca de algún universo que es válido en un momento temporal determinado, si de lo que se trata es de hacer una observación descriptiva factual. Pero si lo que se está haciendo es trabajo experimental, en el que no se busca describir las cosas como son sino conseguir la comprensión de ciertos procesos que subyacen a ellas, entonces la representatividad carece de valor. Más aún, puede ser perjudicial. Es importante tener homogeneidad porque en el laboratorio se intenta observar procesos o efectos en una forma conceptualmente pura. Es útil hacer investigación en muestras homogéneas, no en muestras representativas. Porque el problema de los datos experimentales no es generalizar directamente a un universo sino usarlos para contrastar una hipótesis causal. Y es la comprensión del proceso causal lo que se generaliza al universo natural.

P.: La generalización no se puede conseguir a través de la inducción. Los únicos resultados generalizables son aquéllos dotados de significado teórico

porque permiten la elaboración de las teorías que, a la larga, explicarán los fenómenos de interés. Me pregunto si esta posición no implica que nuestra única conexión con la realidad es a través de la teoría.

R.: Me preocupa la palabra «conexión». Si lo que usted dice es que sólo conocemos la realidad a través de la teoría, entonces sí que hay un sentido en el que esto es verdad, sí. De hecho, el mismo sentido en el que se dice que en realidad toda la percepción humana se trasmuta en cognición, el mismo sentido en el que se dice que toda percepción implica categorización. La respuesta es sí. No creo que exista una distinción rígida entre la percepción, como un tipo de recepción pasiva teóricamente no mediada, de los datos reales y la cognición. Por el contrario, supongo que la percepción, el conocimiento, sí, la percepción del mundo es activa, contrastadora de hipótesis, motivada y cognitivamente mediada.

P.: *El énfasis en la teoría parece minusvalorar la necesidad de la descripción en la Psicología Social. Permítame que recurra a la teoría de la diferenciación intergrupal para ilustrar esta idea. Esta teoría toma como punto de partida un conjunto de datos que resultan bien conocidos porque han sido descritos repetidamente: el conflicto intergrupal y la cooperación, los estereotipos, los prejuicios. Obviamente la teoría es necesaria para explicar todos estos datos mejor o más adecuadamente que las teorías previamente existentes (si es que existen, mejor que el sentido común en el caso contrario). ¿Qué papel juega la descripción en todo este proceso? ¿Hay que darla siempre por supuesta, como en este caso particular? O, ¿tal vez debería el psicólogo social embarcarse en la descripción de los fenómenos de interés antes de intentar explicarlos?*

R.: Creo que ésta es una pregunta interesante. Para empezar y evitar cualquier posible error, de ninguna forma estoy sugiriendo que la investigación descriptiva sea una actividad poco razonable para aquellos investigadores que deseen hacerla. No estoy avanzando un argumento acerca de los méritos relativos de la investigación aplicada o teórica. Estoy hablando ahora puramente desde el punto de vista de un investigador teórico básico. Dentro de este marco creo que la investigación descriptiva es obviamente importante, es fundamental. No podemos desarrollar teorías sin investigación descriptiva o sin datos para explicar. La pregunta es: ¿cuáles son los métodos apropiados para describir nuestros datos descriptivos básicos sobre los cuales teorizar? Muchas personas tienen la idea de que en algún sentido, antes de hacer algún tipo de trabajo experimental sistemático, se debería salir al mundo, entre comillas, y mirar las cosas. O que se debería hacer investigación de encuestas. O que se debería recoger versiones o hacer observación rigurosa: contar por ejemplo cuántas veces se dan la mano las personas.

Desde mi propia experiencia, y para el tipo de asuntos que me interesan, no creo que sea útil. En la mayoría de los casos, en Psicología Social, datos como los de conflicto social son conocidos. No es necesario salir fuera y ver las guerras: como miembro de la cultura, como ser humano del siglo veinte, tengo una masa de datos descriptivos naturalistas que me están lanzando de todas partes desde el momento en que soy un ser consciente. De modo que tengo un conocimiento inmediato del mundo natural o de gran parte de este mundo. El otro problema es que, como sabemos en Psicología Social, los seres humanos pueden ver la misma cosa y realmente ver una cosa diferente. Un historiador

puede escribir un libro sobre la Segunda Guerra Mundial y trazar un cuadro completamente diferente del de otro historiador que también escribe un libro sobre la Segunda Guerra Mundial. Al hacer investigación naturalista o al hacer investigación para recoger observaciones naturalistas sobre fenómenos sociales puedo obtener tantos puntos de vista diferentes como periódicos, diarios, participantes, etc. Por tanto, aquí nos encontramos con un problema, que tal vez no se plantee en las ciencias físicas cuando en ellas se procede a recoger el material descriptivo.

Ahora bien, creo que la Psicología Social en esencia soluciona esto a través de sus experimentos de laboratorio. Muchos de nuestros datos experimentales no son demasiado complejos teóricamente. No van buscando la contrastación de ideas teóricas complejas. Gran parte de nuestra investigación experimental es, de hecho, el primer estadio en la recogida de nuestros datos descriptivos naturalistas. Cabría pensar que el método experimental es una forma de garantizar que tenemos unos datos que la comunidad de investigadores acepta como fiables y razonablemente válidos en el sentido de que tienen algún significado compartido que podemos atribuirle. En mi trabajo teórico trato los datos experimentales existentes, cualquiera de ellos y todos ellos, como mi base descriptiva de datos. Con eso es con lo que arranco. Con eso y con mi conocimiento del mundo.

P: En los últimos años, y después de que la así llamada «Posición heredada» perdió su credibilidad en la nueva filosofía de la ciencia, muchos psicólogos sociales han comenzado a prestar atención al trabajo de los filósofos de la ciencia contemporáneos, como Kuhn, Feyerabend, Lakatos, Toulmin y otros. La jerga filosófica se ha introducido en la literatura psicosocial y unos cuantos psicólogos sociales están recurriendo a conceptos filosóficos para tratar de comprender lo que está pasando en la disciplina. Tome como ejemplo el reciente uso que hacen Secord y Rosnow, cada uno por su parte, del concepto kuhniano de paradigma. Este salto al carro del vencedor filosófico que nos ha tocado presenciar, ¿es un nuevo fenómeno o una vieja tendencia de la disciplina?

R.: Me preocupa que la filosofía de la ciencia desempeñe algún tipo de papel normativo para los científicos. Obviamente supongo que debe ser cierto que ideas anteriores sobre la naturaleza de la ciencia desempeñaron un papel en el desarrollo de la disciplina. Por ejemplo, cualesquiera que fueran las influencias del conductismo en la disciplina, cualesquiera que fueran los problemas a los que se enfrentaron los gestaltistas para rechazar el conductismo y conseguir que se aceptara el mentalismo, sin duda que hubo en ese terreno influencias filosóficas. Pero estoy firmemente convencido de que la filosofía de la ciencia es una influencia negativa sobre la Psicología Social. En sentido amplio, probablemente una influencia perjudicial.

No creo que los científicos deban considerarse filósofos. No creo que debían seguir una filosofía de la ciencia particular. Aunque tengan una propia, puesto que es muy posible que la hayan desarrollado a través de la experiencia. Pero deberíamos recordar siempre que los filósofos de la ciencia están intentando entender lo que hacen los científicos. ¿Por qué nosotros, los científicos, deberíamos preocuparnos de esos intentos por comprender lo que estamos haciendo? Ellos siempre llegan tarde, siempre llegan demasiado tarde. Lo único a lo que pueden aspirar es a entender qué funcionó en el pasado, pero si alguien está en una nueva ciencia, intentando superar problemas nuevos, y en Psicología

Social tal vez los avances más importantes estén por llegar, entonces, ¿qué sentido tiene que busquemos ayuda en los filósofos que intentan describir mejor o peor lo que hicieron otros científicos? Si no sabemos hacer ciencia, tal vez deberíamos buscar otra profesión.

Creo que el peligro de toda la filosofía de la ciencia cuando se usa como prescripción normativa es el dogmatismo, es el dogma. Se convierte en una forma de atacar las cosas realmente interesantes que se están produciendo. Le dice a las personas lo que tendrían que hacer y lo que deberían dejar de hacer. Se convierte en una forma de atacar la investigación sobre bases que no son científicas. Y yo estoy completamente en contra de esto. Estoy firmemente convencido de que si un científico llega a la conclusión de que vale la pena hacer algo, se le debería permitir que lo hiciera. Y a la larga, a través de la práctica de la investigación científica cooperativa, colectiva y colaboradora descubriremos lo que funciona y lo que no funciona, lo que nos ha sido útil y lo que no nos ha sido útil. Tenemos la suficiente capacidad para hacerlo, sin necesidad de recurrir a todo tipo de jerga. Si usted analiza la experiencia reciente verá que la mayor parte de las personas interesadas en la filosofía de la ciencia se han servido de ésta para atacar la ciencia actual porque en Psicología Social se han visto incapaces de persuadir a sus colegas o, más aún, de contribuir con algún progreso alternativo, real y genuino, de su propia cosecha. Es una confesión de fracaso.

P.: En la Psicología Social dominante la investigación experimental es la que concentra toda la atención y esfuerzo mientras que nadie parece preocuparse por la elaboración teórica. Sin embargo, en su trabajo, ambas van juntas. Nos encontramos así con una paradoja: para los críticos de la Psicología Social dominante su trabajo es tan rechazable como cualquier trabajo de la corriente dominante. Al mismo tiempo, en la Psicología Social dominante el aspecto teórico de su trabajo tiende a ser ignorado. ¿Se podría decir, entonces, que su posición está a medio camino entre la Psicología Social dominante y sus críticos?

R.: Hasta cierto punto estoy de acuerdo aunque sí hay investigadores que intentan combinar el trabajo teórico con la investigación empírica. Y no son pocos. Pero, a pesar de todo, creo que tiene usted razón. Con frecuencia la atención que se le presta al desarrollo de la teoría acumulativa es pura y vana palabrería. Gran parte de lo que se entiende como teoría no es teoría. Gran parte de lo que se denomina teoría en los artículos experimentales no es más que una breve justificación de una hipótesis o una descripción de un diseño experimental. Es una de las razones por las que existe insatisfacción con gran parte de la Psicología Social experimental, y se trata de una insatisfacción justificable, dado que un porcentaje tan elevado de ella es empirista, entre comillas.

Creo que también tiene usted razón y es igualmente cierto que existe una tendencia entre algunos críticos a rechazar mi trabajo como parte de la Psicología Social experimental sin reconocer las diferencias reales que existen entre mi trabajo y algunos trabajos de otros autores. Creo que con frecuencia lo que subyace a esto es ignorancia. Los críticos no han intentado realmente comprender mi trabajo ni leerlo detenidamente. Con frecuencia se trata de una ignorancia interesada. No quieren enterarse de lo que yo u otros hemos estado haciendo. Es más cómodo caracterizar a toda la Psicología Social experimental como algo que padece una lista de perversos defectos de forma que pueda rechazársela globalmente.

Por mi parte, no tengo ningún interés en personas que basan su carrera en rechazar una ciencia sin ofrecer ninguna alternativa constructiva o sin demostrar que tienen una alternativa constructiva. Yo, que he criticado con dureza a la Psicología Social dominante, sigo creyendo que sólo se tiene derecho a formular tales críticas cuando se es miembro del club. Cuando alguien ha realizado actividad investigadora, cuando ha desarrollado y elaborado su propia perspectiva y cuando puede afirmar: aquí está la alternativa que a mí me parece válida, y puede demostrar al mismo tiempo que se tiene en pie tanto teórica como empíricamente, entonces está en el derecho de criticar a otros que no lo están haciendo igual de bien. Lo que no parece es que alguien tenga derecho a situarse fuera y a criticar sobre la base de su ignorancia.

Mi posición es una posición extraña, sí. Pero también lo es la de la Psicología Social europea y la de la propia Psicología Social. Somos una ciencia llena de extrañas fronteras y de extraños límites y nuestro trabajo consiste en encontrar formas de traspasarlos. No veo que tenga ningún sentido un trabajo experimental que no vaya vinculado al desarrollo de la teoría acumulativa y al mismo tiempo estoy de acuerdo con ingleses y estadounidenses en que existe un peligro real de que la teoría se convierta en una completa especulación filosófica sin anclaje en la investigación empírica.

P.: A lo largo de los años ha desarrollado usted dos teorías importantes, la de la identidad social y la de la categorización del yo. La primera intentaba superar las deficiencias explicativas de la teoría de la categorización social de Doise y de la teoría funcional del conflicto intergrupal de Sherif. La segunda procuraba eliminar algunas de las limitaciones del modelo de la cohesión social. En los dos casos, las deficiencias parecían de naturaleza empírica: las teorías existentes no conseguían integrar los datos generados por la investigación del momento. Pero sospecho que las deficiencias empíricas tenían mucho menos importancia que los desacuerdos en el nivel teórico. En el caso de la teoría de la categorización social de Doise tuvo usted incluso que generar nuevos datos inconsistentes con la posición de dicho autor para rechazar su teoría. Creo que algo similar ocurre con la teoría funcional del conflicto intergrupal de Sherif: no es suficientemente cognitiva, y con el modelo de la cohesión social: es una versión vulgar del principio del reforzamiento. Me pregunto cuál es la auténtica relación entre la viabilidad de una teoría determinada para explicar un conjunto de resultados empíricos y su inaceptabilidad debida a razones teóricas.

R.: Para empezar, no creo que ni Henri ni yo reaccionásemos frente a las deficiencias de las otras teorías. Por el contrario, la teoría de la identidad social, tal como señaló Henri, comenzó realmente con unos datos en busca de una teoría. Eran datos de la categorización social. La teoría tenía que explicarlos y, como ocurre a menudo, sólo cuando se llegó a desarrollar una interpretación teórica coherente y una forma alternativa de considerarlos, mostrando que eran nuevos empíricamente, fue cuando se cayó en la cuenta de las deficiencias en las ideas anteriores. Fue el progreso teórico lo que demostró las deficiencias del trabajo anterior, y creo que eso es lo que suele ocurrir. Me parece que una de las razones que explican que el modelo de la cohesión social permaneciese tanto tiempo sin que nadie lo pusiera en duda fue que nadie consiguió formular ninguna forma alternativa de interpretar esos datos. No se podía poner en duda la teoría porque no podía interpretar sus datos de ninguna otra manera. Esto es lo primero que me gustaría señalar.

Con respecto al trabajo de Sherif y de Doise he de decir que no los considero como una teoría opuesta a la nuestra. Se trata más bien de que tanto la teoría de Sherif como la de Doise de la diferenciación categorial son inadecuadas sólo cuando se las quiere llevar demasiado lejos. Pero creo que la teoría de la identidad social es compatible con las ideas básicas de estos dos enfoques. En el artículo que firmé con Giles dejé bien claro que la explicación basada en la comparación social-identidad social y la explicación basada en la simple categorización son para mí complementarias y que ambas son necesarias. El aspecto importante de mi trabajo inicial que parecía implicar que me oponía al enfoque categorial trataba simplemente de subrayar que si bien el enfoque categorial era necesario no constituía por sí solo una explicación suficiente.

P.: A principio de los años setenta la Psicología Social europea formaba un frente unido frente a la Psicología Social dominante que era mayoritariamente estadounidense. Tanto el libro de Israel y Tajfel, de 1972, como la áspera crítica que recibió de P. Shaver son memorables. ¿Quá ha quedado de aquellas esperanzas de una alternativa europea a la prepotencia estadounidense?

R.: Tengo un razonable optimismo acerca del estado actual de la Psicología Social europea. Por una parte, la veo más o menos consolidada por lo que respecta a su personal e infraestructura de investigación. Me refiero a la Asociación, a las conferencias, a los grupos de trabajo, a las reuniones constantes de los investigadores. Hoy los psicólogos sociales europeos interactúan entre sí, debaten con sus colegas y la Revista todavía se publica. Los libros europeos se siguen comprando y eso explica mi optimismo en el nivel práctico.

Desde el punto de vista teórico, es decir, considerando las contribuciones sustantivas a la Psicología Social, creo que existe una pequeña minoría de investigadores en Europa que están haciendo algo distintivamente europeo, entre comillas. Creo que han conseguido un impacto muy importante. Para mencionar sólo los dos ejemplos más claros, Tajfel y Moscovici, es preciso decir que sus trabajos sobre categorización social-conducta intergrupal y sobre influencia minoritaria han tenido un amplio e importante impacto en la Psicología Social de la última década y en este sentido Europa ya ha demostrado de lo que es capaz. Y en este sentido, también, no deja de ser triste que uno o dos estadounidenses sigan adoptando esa actitud etnocéntrica según la cual si algo no se hace en los Estados Unidos de Norteamérica no puede ser importante. Creo que está totalmente claro que un punto de vista semejante no se puede seguir manteniendo en la actualidad.

P.: Como miembro conocido de la Psicología Social europea, ¿qué es lo que constituye, en su opinión, la naturaleza distintiva del enfoque europeo?

R.: De nuevo es preciso distinguir entre el enfoque europeo como un ideal, lo que a uno le gustaría que fuera, y la realidad. Ya dije antes que es muy difícil ver diferencias fuertes entre investigadores europeos e investigadores de otras partes del mundo. Pero aún siendo así subsisten diferencias sutiles. Los aspectos programáticos de la escuela europea, y he de confesar que no me gusta emplear esta terminología, incluyen los puntos siguientes: en primer lugar, un compromiso con el desarrollo de la teoría y el rechazo del empirismo; en segundo lugar, un rechazo de lo que se podría llamar metodología como ritual, es decir, un intento de integrar las cuestiones metodológicas en las cuestiones teóricas

y sustantivas, de las que nunca debieron desligarse. El método debería servir en el descubrimiento del fenómeno. No debería suceder que el perro metodológico menease la cola científica, como ocurre tan a menudo. Así, pues, una perspectiva correcta sobre la metodología sin permitir que se convierta en algo ritual o dogmático; en tercer lugar, y sin que esto signifique orden de importancia, el punto sustantivo de rechazo del individualismo, un intento, un esfuerzo renovado por redefinir el carácter de la Psicología Social como una ciencia sustantiva y distintiva y como una ciencia fundamentalmente psicológica, no como una ciencia marginal, como una ciencia de segunda división, sino como una ciencia distintiva, en un intento de superar el problema de definir su naturaleza.

P: En los últimos años han comenzado a aparecer síntomas de fuertes desacuerdos dentro de la Psicología Social europea. ¿Estamos asistiendo al principio del fin de su unidad o sigue todavía viva la orientación compartida de los inicios?

R.: Supongo que se refiere usted a Harrè. En primer lugar, no creo que haya habido esa unidad de la que usted habla si se incluyen a estas personas. No creo que Harrè y la escuela que representa hayan hecho una contribución importante a la Psicología Social europea. No soy consciente de ninguna contribución que pueda considerarse importante. Compruebo que hay personas que encuentran sus ideas de interés y que están influidos por ellas, pero no veo claro qué progreso hemos realizado debido a tales ideas. Y no creo que haya habido alguna vez unidad desde este punto de vista. Por ejemplo, las discusiones entre Harrè y Tajfel eran continuas, bien conocidas y bastante intensas durante todo el tiempo que pasé en Bristol. Tajfel nunca estuvo de acuerdo con Harrè ni viceversa y, aunque siempre lo hacía en términos amistosos, jamás perdió una oportunidad de ponerlo de manifiesto. Así que no creo que sea importante la unidad. Lo importante no es que exista unidad, lo importante es que se lleve a cabo un trabajo real, que se consiga un avance científico genuino en la dirección que antes he señalado. Si dentro del marco de una posición antiindividualista, de énfasis en la teoría y en la necesidad de que la metodología vuelva a ocupar el lugar que le corresponde en relación con la teoría y con la comprensión del fenómeno, si dentro de tal contexto la Psicología Social europea, los investigadores europeos pueden realizar avances reales, ello será suficiente para validar toda la empresa. Y creo que es una empresa muy importante. Siempre habrá críticos, siempre habrá profetas de la destrucción, siempre habrá quienes digan que no, que es preciso retroceder y actuar de otra manera. Pero la buena investigación, como todo, nunca se hace sin luchas.

Creo que, sin embargo, existe un peligro real y puede que al estar físicamente fuera de Europa en este momento me parezca mayor de lo que es en realidad. Pero pienso que existe un peligro en el rechazo del individualismo que se produce en la investigación dominante en Psicología Social. Parece una solución pero no es una solución y consiste esencialmente en una vuelta a la forma moderna de la falacia de la mente grupal. En otras palabras, al rechazar el psicologismo individualista ingenuo, se corre el peligro de rechazar la psicología y la Psicología Social y se empieza a poner todo el énfasis en los factores sociales de tal forma que en algunos casos se llega a sugerir que no existe un proceso psicológico. El proceso psicológico es un mero epifenómeno, un fenómeno social. Creo que cuando se llega a afirmar esto, se está adoptando una forma moderna de la falacia de la mente grupal. Y esto no constituye una solución al

problema de desarrollar una Psicología Social no individualista mejor que la solución que ya pretende ofrecer la psicología individualista. La idea es aceptar la realidad de los procesos sociales, aceptar la realidad de los procesos psicológicos y, dentro de la Psicología Social, encontrar la forma de comprender y conceptualizar los procesos psicológicos en interacción con la actividad social humana. Ese es el problema: no rechazar lo social y no rechazar lo psicológico y parece haber cierta tendencia a ir del extremo pura o ingenuamente psicológico al otro extremo en que se rechaza completamente lo psicológico.

P.: Durante muchos años usted fue el colaborador más cercano de Tajfel. Sin embargo, ha recibido usted fuertes críticas de algunos psicólogos sociales europeos como, por ejemplo, Harrè, en un trabajo incluido en un libro de Forgas y Gustav Jahoda, en un trabajo leído en honor de H. Tajfel. ¿Tiene usted algo que decir a estas críticas?

R.: No me importa que Harrè me haya criticado en ese libro del que usted habla. Harrè criticó a Tajfel tan duramente como a mí. No me molesta que haya personas que piensen que mi enfoque científico es erróneo. Yo creo que el enfoque científico de Harrè en Psicología Social es erróneo. Se lo he dicho a él y él me lo ha dicho a mí. Me parece que sobre este punto se ha dicho ya la última palabra. No vale la pena de que sigamos intercambiando insultos filosóficos. Esto no tiene sentido. Lo que a mí me preocupa ahora es seguir investigando. Me gustaría pensar que a Harrè le pasa lo mismo. Y dejemos que el tiempo diga qué enfoque ha sido más productivo puesto que me parece que sólo de esta forma se llegará a resolver el problema. Creo, y ésta es una de las discusiones que he mantenido con Harrè, que el tiempo ya ha demostrado que el método experimental en Psicología Social, con todas sus deficiencias meta-teóricas y metodológicas, ha producido un amplio conjunto de conocimiento científico que es, a mi juicio, extraordinariamente valioso, importante y fascinante. Y me resulta difícil pensar que cualquiera que esté interesado en la Psicología Social no puede ver en realidad lo mucho que hemos aprendido.

El caso de Gustav Jahoda es diferente, porque sí que resulta extraño que en un artículo dedicado a la memoria de Henri Tajfel me escoga a mí para atacarme nombrándome específicamente y atribuyéndome una posición que no mantengo. Y que al mismo tiempo proclame que su propia posición era más cercana a la Tajfel que la de ninguna otra persona, cuando todo el mundo debe saber que durante más de diez años Tajfel y yo trabajamos juntos estrechamente y que nuestras perspectivas estaban extraordinariamente cercanas entre sí en casi todo. No había ningún tipo de desacuerdo entre Henri Tajfel y yo con respecto a la naturaleza de la Psicología o las cuestiones transculturales. Es extraño que alguien se fije en mí cuando esa persona tiene que conocer mi estrecha relación con Henri. El ataque fue en gran medida *ad hominem* y no se basaba en una discusión documentada de mi trabajo. Intentaba justificarse por medio de una simple cita totalmente sacada de contexto, mediante la que se trataba de mostrar que yo trazaba una distinción básica entre los procesos naturales y los culturales o incluso que no existían procesos culturales sino sólo naturales. Atribuirme este punto de vista es algo sumamente insólito que apreciará quien se haya tomado la molestia de considerar mi trabajo. De hecho, si alguien ha leído el artículo al que se refiere G. Jahoda, sabrá que, por ser un artículo metodológico, lo que yo intentaba era trazar una distinción dentro de un contexto metodológico entre procesos naturales y artefactuales. Así que me sorprendió mucho este ataque dado que era una caricatura, aparentemente deliberada, de

mi trabajo y de mi posición. Creo además que es de mal gusto, en un artículo que estaba destinado a defender la memoria de Henri, atacar de una forma poco académica a la persona que probablemente haya hecho más que nadie por mantener el tipo de trabajo por el que siempre luchó Henri.

P.: En su artículo «Algunas consideraciones en la generalización de la Psicología Social experimental» mantiene usted que todavía no existe una descripción adecuada y sistemática del área de la Psicología Social experimental. Dado el enorme número de libros fuente, manuales, guías de investigación, revisiones y textos con que cuenta la disciplina, no puede uno dejar de preguntarse cómo es que no se ha hecho tal descripción. Sólo se me ocurren tres respuestas: no es necesaria, no es posible, no es deseable.

R.: No es estrictamente necesaria, en el sentido de que la Psicología Social podría saber cómo sobrevivir sin una revisión sistemática. Es posible pero no es deseable porque en este momento puede que no sea realmente posible. Y por tanto podemos malgastar una gran cantidad de esfuerzo tratando de hacerla. Históricamente la situación no ha surgido por accidente: sabemos que en la psicología en su conjunto hubo una época, que llega hasta la Segunda Guerra Mundial, en que la Psicología y la Psicología Social estaban dominadas por grandes escuelas de pensamiento. Y personas como Lewin y otros se esforzaron por elaborar grandes esquemas conceptuales que fuesen teóricamente aplicables a todo un conjunto de fenómenos sociales. Estos esquemas no han sobrevivido. Todos ellos fracasaron. Aunque se produjeron cosas de valor. Y en Psicología Social llegamos a un punto en el que, con gran sensatez, se optó por la exactitud a expensas del alcance teórico. Se llegó a una época en la que se abandonó la construcción de teorías grandiosas que tendían en sus generalidades a estar vacías para sustituirlas por la comprensión más detallada, cuidadosa y sistemática de fenómenos delimitados. Y creo que aquí hubo acierto.

Sin embargo, me parece que hemos desembocado en una situación en que los aspectos positivos de este análisis detallado, cuidadoso y sistemático de fenómenos delimitados corren el riesgo de llevarnos a una fragmentación crónica y en la que los investigadores parecen haber olvidado que en algún punto será preciso trabajar de nuevo para crear ideas unificadoras. De modo que ahora creo que tenemos un conjunto enorme de conocimientos de muchas áreas y debemos comenzar a buscar formas de desarrollar nuevas ideas unificadoras que no estén vacías. Es fácil desarrollar una idea general que no añade nada empíricamente a nuestro conocimiento. Lo difícil es desarrollar una idea unificadora y sistemática que al mismo tiempo produzca un conocimiento distintivo, contrastable y heurístico y que no pierda la información detallada que hemos acumulado. Creo llegado el momento en el que tenemos que empezar a preguntarnos si hacer esto es práctico y viable y en el que intentemos hacerlo porque, en caso contrario, comenzaremos a hundirnos. En realidad nos estamos hundiendo ya en la ciénaga. Se está trillando tanta información en forma tan fragmentaria que los investigadores no sabemos nada más que lo que hay en nuestro diminuto cubículo. Hay demasiadas cosas que debemos conocer. Así que tenemos que encontrar una forma de unificar y de simplificar. En caso contrario corremos el peligro de limitarnos a descender a una fragmentación cada vez mayor desembocando inexorablemente en la trivialidad.

P.: La Psicología Social ha llegado a un asombroso grado de diversificación y complejificación. Las teorías clásicas, como el

Interaccionismo Simbólico y la Teoría del Aprendizaje Social todavía siguen con nosotros y tan aisladas entre sí como siempre mientras que comienzan a formularse otras teorías de nuevo cuño con aspiraciones de generalidad. Me refiero al Socioracionalismo de Gergen y al enfoque etogénico de Harré, entre otros. La gama de métodos y técnicas utilizadas por los psicólogos sociales también es muy amplia y va desde el experimentalismo más estricto al análisis del discurso y los documentos autobiográficos. ¿Existe un hilo conductor de todos estos desarrollos? ¿Hasta qué punto se los puede denominar a todos «psicosociales»?

R.: Eso depende de la amplitud con que se defina la Psicología Social. Podría contestar que sí, pero entonces implícitamente dejaría a muchas personas fuera. Creo que si se adopta el punto de vista más amplio posible, según el cual la Psicología Social incluiría a todas las personas que hacen investigación y que publican y que se consideran psicólogos sociales y a los que también los consideran como tales al menos algunos psicólogos sociales, entonces la respuesta es que no, que no existe ningún hilo conductor. No creo que el hilo conductor sea el estudio de la conducta social. Esto es incorrecto. Otras muchas personas estudian la conducta social. El hilo conductor, me parece, tendría que ser, como ya he dicho, el estudio de los procesos psicosociales, el estudio de los procesos psicológicos; ahora bien, de unos procesos psicológicos definidos expresamente como aquéllos cuya existencia tiene que presuponer su interacción con la sociedad. Pero si se mantiene esta definición se cae en un cierto exclusivismo en el sentido de que se ve uno obligado a rechazar a un gran número de personas que son claramente aceptados como psicólogos sociales. Por eso creo que en este momento no existe un hilo conductor común. Tal hilo conductor es algo que tiene que ser desarrollado.

Creo que existen otros muchos hilos conductores, aunque de menor generalidad. No es que tengamos que comenzar a buscar una idea o una proposición básica que vaya a unificarlo todo. No creo que podamos encontrar algo así. Se trata más de una actitud mental de conseguir que los investigadores comiencen a ver que sus áreas y fenómenos particulares de interés se relacionan con los de otros investigadores y de que empiecen a descubrir los parecidos y busquen modos de minimizar las diferencias o de verlas como ilusorias. Así que los investigadores deberían comenzar a contemplar todo de un modo más integrador. Con el tiempo, el esfuerzo integrador podría llevarnos tal vez no a una sola teoría, pero sí quizá a un futuro cercano a un ramillete de teorías importantes que nos abran la perspectiva. Es perspectiva lo que necesitamos. En el momento actual es difícil tenerla debido a la ciénaga del conocimiento.

P.: *En los últimos años hemos presenciado un impresionante incremento en la cantidad de publicaciones psicosociales que ha hecho que los psicólogos sociales contemos con nuevos manuales, nuevas series, nuevas revistas, coincidiendo con la aparición de la tercera edición del Handbook de Lindzey y Aronson. ¿Existe un incremento paralelo en la calidad intrínseca de la teoría y de la investigación psicosocial?*

R.: La respuesta es no, aunque hay pequeños avances muy parcelados. Creo que hay en marcha un trabajo interesante e importante, sin lugar a dudas. A menudo, como ya he dicho, hay en marcha un trabajo importante pero que pasa desapercibido porque las personas ignoran que se esté llevando a cabo, porque hay demasiadas cosas que leer, incluso porque está conceptualizado de una forma que minimiza su importancia. Carecemos de un conjunto de con-

ceptos y de un lenguaje compartido y por tanto de algo que tienen los matemáticos que es, por ejemplo, la capacidad de comprender inmediatamente que algo es importante o que no lo es y de ponerse de acuerdo sobre este punto. Carecemos de esto y por lo tanto algunos trabajos importantes que están en marcha pasan desapercibidos mientras otros absolutamente triviales y sin ninguna importancia que también están en marcha reciben un reconocimiento muy superior a sus méritos y se presentan como fundamentales y pioneros cuando en muchos casos suponen un auténtico retroceso. Así que resumiendo, creo que hay en marcha buenos trabajos pero que no siempre son estos trabajos los que reciben el reconocimiento. Y no creo que en este momento las revistas y los manuales expresen un avance real en la calidad de lo que se está haciendo. Por el contrario, cuando leo algunos de estos libros, algunos de estos textos, me parece que son un índice de todo lo contrario.

P.: ¿Cuáles son, en su opinión, las teorías o las líneas de investigación de mayor interés en la Psicología Social actual?

R.: Aparte, por supuesto, de las ideas de la identidad social, diría que la influencia minoritaria ha sido extraordinariamente importante. Por influencia minoritaria entiendo aquí el conjunto de ideas asociadas con el concepto introducido por Moscovici. Creo que la crítica de Moscovici de las teorías de la influencia social era fundamentalmente correcta. Y éste sería un ejemplo, me parece a mí, de un desarrollo importante de la Psicología Social en los últimos diez años, poco más o menos. Moscovici destruyó eficazmente el edificio teórico que se había levantado sobre todos aquellos datos y, con todo, se sigue sin prestar la atención que merece a su trabajo. Las personas estudian la influencia minoritaria y es verdad que en las revistas se publican más estudios sobre influencia minoritaria pero no parece que esto haya llevado a un reconocimiento del daño crítico fundamental que Moscovici hizo a las teorías anteriores. Textos y artículos publicados en mil novecientos ochenta y seis siguen usando los mismos conceptos básicos como si Moscovici no los hubiera destruido. Así, pues, la influencia minoritaria ha sido algo muy importante.

Diría también que la polarización de grupo lo ha sido; sin duda se trata de un fenómeno mucho más circunscrito, pero quizás lo diga por la forma en que se relaciona con mi propio trabajo. Y no quiero referirme ahora de nuevo a muchas de las teorías anteriores de la polarización. También creo que se debería mencionar a los intentos por orientar la teoría de la atribución en una dirección más social y dotarla de una dimensión social. Creo que éste es también un trabajo importante. La mayoría de éstos son europeos de hecho.

Aunque tengo ciertas reservas, al igual que muchos, acerca de la tendencia a transformar el campo de la percepción social y de la cognición social en un simple añadido de la psicología cognitiva y no creo que sea un paso adelante, al menos para la Psicología Social, creo que el papel central que se le da a la percepción social y a la cognición social en la Psicología Social es merecido. Creo, en esencia, que en el momento presente el trabajo teórico de importancia fundamental en Psicología Social tiene que ver con la percepción social y con la cognición social. Y, a propósito, no trazo ninguna distinción entre ellos y los procesos de grupo. No comprendo cómo en una revista de Psicología Social se puede dedicar una parte a los procesos de grupo y otra a la cognición social. Creo que se trata de una concepción completamente desfasada. En ese sentido considero que se están haciendo muchas investigaciones interesantes dentro del amplio marco de la percepción social y de la cognición social y que son impor-

tantes y valiosas. Sólo me gustaría dejar bien claro que no me identifico con la noción de cognición social en el sentido restringido de la psicología cognitiva de los estímulos sociales. No es eso lo que considero un desarrollo importante.

P.: ¿Cuál es la asignatura pendiente de la Psicología Social?

R.: Creo que la asignatura pendiente es básicamente el problema del individualismo, es decir, cómo conseguimos ser psicólogos sin ser individualistas. La mayor parte de la psicología es ingenuamente individualista. No quiero ahora hacer una crítica muy fuerte sino sólo señalar que no tiende a plantearse el hecho de si nosotros tenemos que serlo también. Sobre nosotros se ejercen fuertes presiones que surgen de la naturaleza de la psicología y de la ideología que compartimos como miembros de la cultura occidental para que individualicemos y sin embargo creo que van completamente en contra de nuestra tarea. Nuestra tarea consiste en encontrar la forma de comprender los procesos psicológicos como propiedades de los individuos en tanto que seres sociales y no como propiedades de los individuos en tanto que seres no sociales, presociales o asociales. Todos los problemas que se plantean cuando uno se pregunta en términos generales si la Psicología Social está o no progresando tienden a guardar relación con este punto. Creo que es también un problema de la psicología puesto que es fundamental que no olvidemos que como psicólogos sociales no nos limitamos a estudiar la conducta social. No es que haya conducta y procesos mentales y que haya conducta social y procesos mentales sociales. Los seres humanos son sociales, la psicología humana es psicología social. En última instancia creo que la psicología se tiene que convertir en Psicología Social. No se trata de que la Psicología Social pueda ser explicada por la psicología cognitiva. Es al revés. Los procesos cognitivos sólo son realmente útiles, adaptativos y significativos como explicaciones de la conducta humana si se integran en las explicaciones psicosociales.

Así que ésta sería una asignatura pendiente. Habría otra que mencioné anteriormente cuando hablé de la escuela europea. Creo que entre los problemas que tienden a diferenciar a la escuela europea del resto de la Psicología Social está el metodológico, es decir, cómo estudiamos la Psicología Social con rigor, científicamente, para tener datos controlados y replicables, significativos y válidos, fiables y científicos sin permitir que la metodología se convierta en un ritual en el sentido de que es con frecuencia fácil conseguir que se publique un artículo que es una ejecución de virtuoso desde el punto de vista metodológico aunque aborde un problema de escaso interés. En cambio, un problema de significado teórico fundamental o un artículo que establece un punto teórico realmente importante no se publica aunque los datos experimentales estén razonablemente tratados si no se adecúa a los niveles más altos en un sentido ritualista.

P.: En general, su trabajo teórico y empírico es muy aséptico desde un punto de vista ideológico. Esto quiere decir que no es posible inferir de él sus preferencias ideológicas y políticas. Esto contrasta con la conducta de muchos psicólogos sociales que dan publicidad al suyo de una forma militante. ¿Debemos suponer que es Vd. apolítico?

R.: Soy político en el sentido de que todos los seres humanos son políticos. No creo que sea posible que una persona sea apolítica. Será más bien que no es consciente de su papel político. Al ser animales sociales y al formar parte de la sociedad todos los seres humanos son políticos, tanto si lo aceptan como si no. Así pues, en este sentido lo soy. Creo que cualquiera que lea mi trabajo

con detalle y que reflexione sobre él puede predecir con bastante aproximación cuál es mi posición política.

Pero yo no veo mi trabajo científico como un foro inmediato para mis puntos de vista políticos. Por el contrario, mi punto de vista político sobre la ciencia es que la buena ciencia es buena política. No quiero decir con esto que es preciso ser político, por ejemplo, que hay que inventar una Psicología Social radical o una Psicología Social conservadora para hacer avanzar el punto de vista político propio. Mi particular punto de vista político me lleva a creer que hay que ser lo más científico posible. Y creo que históricamente la ciencia ha desempeñado un papel político y lo ha hecho siendo buena ciencia. Pero no espero que mi trabajo científico me proporcione una plataforma política. Mi punto de vista político es que hay que hacer el mejor trabajo científico posible. Mis opiniones políticas, así como las sociales e ideológicas penetran en las cosas que me interesan, en mi perspectiva metateórica general, en lo que valoro, en el tipo de hipótesis que formulo, en aquello con lo que estoy en desacuerdo, en resumen, en el tipo de investigación que hago y en el tipo de hipótesis que me atraen pero, en última instancia, la realización de la investigación es un procedimiento científico, no político, y lo que encuentro en los datos está científicamente validado, no políticamente validado y tiene una existencia *sui generis*, independiente y se desarrolla autónomamente.

P.: Hace muchos años, M. Scriven, un conocido filósofo de la ciencia, comparaba la Psicología Social experimental con la microeconomía ya que, en su opinión, es un cuerpo abstracto de conocimiento, accesible sólo a una pequeña élite de especialistas y completamente incomprensible para el público general. También ponía en duda su aplicabilidad, su valor y su utilidad para la sociedad. No es que esté apoyando estas alegaciones de Scriven. Me limito a utilizarlas como introducción para mi pregunta: ¿qué es lo que puede esperar la sociedad de la Psicología Social?

R.: No creo que la justificación de la ciencia resida en su capacidad para resolver problemas sociales o de otro tipo. Me parece que la ciencia es una de las cosas que hacen que la vida humana valga la pena. Es una de las expresiones más altas de la vida humana y un proceso fundamental dentro de ella. Es lo que nos define como humanos y lo que justifica toda la empresa. Me parece que sería una vida francamente muy limitada, tanto individual como socialmente, aquélla que no pretendiese satisfacer la propia curiosidad acerca del mundo, de la naturaleza y de nosotros mismos, como parte de ella. Así que desde este punto de vista me parece que cualquier sociedad civilizada debería promover la ciencia, la ciencia básica en y por sí misma. Cuando sólo se tiene ciencia puramente aplicada, no se tiene ciencia y la misma ciencia aplicada estará sometida a muchas limitaciones.

Y cuando se pretende fomentar la ciencia no cabe esperar más que la verdad. La sociedad tiene derecho a esperar que los científicos hagan todo lo que puedan para investigar la naturaleza y para comunicar a la sociedad los resultados de su investigación. Y eso es todo. A la larga los avances fundamentales en la ciencia pura llevan a aplicaciones fundamentales. En cambio, es escasa la evidencia de que se hayan producido avances fundamentales en las aplicaciones cuando la sociedad los ha exigido. No es posible elegir cuándo y cómo se consigue un avance fundamental. Son trabajos al nivel más alto, son expresiones de un genio creativo que saca partido a décadas y décadas de trabajo. No es posible predecir el futuro. Cuando se hace un avance, con frecuencia lleva a aplica-

ciones pero no creo que sea éste el motivo. Y no debería ser el único motivo. Y aunque fuera un motivo, todavía se debería conceder libertad a los investigadores para que buscasen la verdad. Por tanto, desde este punto de vista, siento pocas simpatías hacia Scriven. Creo que su visión del papel de la ciencia es muy estrecha ya que, como mínimo, la ciencia es importante para el mantenimiento de la sociedad civilizada y para enseñar a las personas los valores de la búsqueda desinteresada del conocimiento y los valores de las apelaciones al argumento lógico y la contrastación empírica frente a la superstición, el prejuicio y la intolerancia.

P.: ¿No piensa usted que el alto nivel de abstracción de los análisis de la Psicología Social experimental favorece que otras ciencias sociales como la Antropología Social, la Sociología, la Historia Social e incluso la Filosofía Social ofrezcan explicaciones alternativas del proceso social que resultan más aceptables e influyentes en la sociedad general, lo que redundaría en una cierta marginalidad y encapsulamiento de la propia Psicología Social?

R.: No creo que exista una respuesta sencilla a esta pregunta. En primer lugar, no creo que la teorización de la Psicología Social experimental sea particularmente abstracta. Estoy en desacuerdo con Scriven sobre este punto. Creo que si se tiene en cuenta el grado de refinamiento de nuestros métodos experimentales, nuestra teorización es de hecho relativamente sencilla. Por ejemplo, en términos generales apenas si se recurre a conceptualizaciones matemáticas en el trabajo teórico sustantivo. Existe, sí, una psicología matemática pero no tenemos esa capacidad que tienen los científicos físicos para traducir la teorización en conceptos matemáticos. Así pues, nuestra teorización no es, en realidad, especialmente abstracta. Adolece de bastantes limitaciones debido a las deficiencias y la vaguedad de las palabras humanas.

Pero, en cualquier caso, no deseo que la Psicología Social se convierta en una fuente de nuevas ideologías. No creo que eso sea lo que se espera que haga. Me resultaría sumamente sospechoso y me opondría a ello. Por ejemplo, no creo estar ideológicamente de acuerdo con muchos de mis colegas. Esto no crea problemas dentro de la investigación psicosocial pero me opongo con firmeza a que sus ideologías penetren en la sociedad. Si los psicólogos sociales quieren implicarse en la actividad política de difundir ideologías, entonces que lo hagan claramente y que salten a la arena política, que no se limiten a actuar como los perritos falderos de los políticos, destilándonos ideología bajo cuerda. Y esto es lo que está sucediendo hasta cierto punto y yo me opongo a ello. Así que no parece que no se trata de que otras ciencias vayan a usurpar nuestro papel de difundir o producir ideologías para la sociedad a causa de la abstracción de nuestra teorización. No creo que en este momento tengamos un papel particular. Tampoco quiero que lo tengamos ni que lo tengan otros científicos sociales. Creo que los seres humanos en una sociedad deberían crear su propia ideología y que no necesitan instituciones científicas especiales que lo hagan en su lugar. La única institución especial que necesitan es un partido político al que poder votar.

P.: ¿Cuál es la contribución específica de la Psicología Social a las ciencias sociales y de la conducta?

R.: Una ambición que tengo y que pienso satisfacer dentro de unos seis años más o menos es escribir un texto de Psicología Social. Pero no un texto a la manera clásica, es decir, sistemático en el sentido de presentar una identificación conceptual del campo. No creo que eso sea posible. Pienso que una eva-

luación bien intencionada de lo que ha producido la Psicología Social desde mil novecientos veinte tendrá que concluir que hemos acumulado un cuerpo muy amplio de conocimiento importante e interesante sobre los seres humanos. Esta es nuestra contribución.

P.: *Me gustaría pedirle finalmente que compartiese con todos nosotros sus recuerdos de Henri Tajfel.*

R.: Son muchos los recuerdos. Son muchos y, para mí, muy importantes y cálidos. Otras personas han escrito hermosos recordatorios y no voy a intentar aquí escribir otro. Pienso que el de Colin Fraser en la Newsletter de la British Psychological Society-Social Psychology Section fue especialmente acertado. Así que me limitaré a decir que conocí a Henri desde que llegué a Bristol a finales de mil novecientos setenta y uno hasta que murió. Y llegamos a ser amigos muy íntimos. No me gustaría olvidarme de Howard Giles, ya que Henri, Howard y yo mismo, los tres psicólogos sociales de Bristol, formábamos un grupo muy único. Henri era muy afectuoso y valoraba mucho la amistad. Dentro de este grupo nos respetábamos y nos ayudábamos mutuamente.

Yo sentía un respeto extraordinario por Henri como ser humano. Era una de esas personas que me impresionó siempre porque podía tener un entusiasmo ilimitado por uno u otro aspecto de la Psicología Social, podía sentirse muy molesto por las opiniones que alguien hubiese expresado sobre la Psicología Social, podía estar muy atareado con sus funciones de académico, pero, a pesar de todo esto, nunca parecía olvidar las cosas importantes de la vida. Era alguien que siempre parecía saber lo que realmente importaba y lo que no importaba en absoluto. Siempre que pienso en él me acuerdo no tanto del gran psicólogo social sino del gran ser humano. Ese es mi recuerdo. El de alguien que tenía un gran entusiasmo, era una persona afectiva y cálida y tenía un sentido muy acusado de democracia intelectual. A Henri no le preocuparon nunca ni el *status* ni la auto-presentación. En los seminarios y en los coloquios discutía con firmeza cualquier punto de vista con el que estuviese en desacuerdo, sobre todo si pensaba que era perjudicial. Y no le importaba lo más mínimo el que procediese de algún profesor prestigioso o de cualquier otra persona. De forma similar, si el más humilde de los estudiantes de primer ciclo expresaba una buena idea, la tomaba completamente en serio. Trataba las ideas en función de sus méritos y su interés era siempre el de desarrollar nuevas ideas. No le preocupaba de quién había surgido la idea. Y creo que ésta es una cualidad muy importante, que no siempre se manifiesta en la actual vida académica. Estos son mis recuerdos.

Referencias

- TURNER, J.C. (1975). Social comparison and social identity: some prospects for intergroup behaviour. *European Journal of Social Psychology* 5, 5-34.
- TURNER, J.C. (1978a). Social categorization and social discrimination in the minimal group paradigm. In H. Tajfel (ed.), *Differentiation between social groups*. London: Academic Press. Chapter 5, pp. 101-140.
- TURNER, J.C. (1978b). Social comparison, similarity and ingroup favouritism. In H. Tajfel (ed.), *Differentiation between social groups*. London: Academic Press. Chapter 10, pp. 235-250.
- TURNER, J.C. and Brown, R. J. (1978). Social status, cognitive alternatives and intergroup relations. In H. Tajfel (ed.), *Differentiation between social groups*. London: Academic Press. Chapter 9, pp. 201-234.

- TAJFEL, H. y TURNER, J.C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. In W. G. Austin and S. Worchel (eds.), *The social psychology of intergroup relations*. Monterey, California: Brooks/Cole. Chapter 3, pp. 33-47.
- TURNER, J.C., BROWN, R.J. y TAJFEL, H. (1979). Social comparison and group interest in group favouritism. *European Journal of Social Psychology* 9, 187-204.
- TURNER, J.C. y GILES, H. (1981). Introduction: The social psychology of intergroup behaviour. In J. C. Turner and H. Giles (eds.), *Intergroup behaviour*. Oxford: Basil Blackwell and Chicago: University of Chicago Press. Chapter 1, pp. 1-32.
- BROWN, R.J. y TURNER, J.C. (1981). Interpersonal and intergroup behaviour. In J. C. Turner and H. Giles (eds.), *Intergroup behaviour*. Oxford: Basil Blackwell and Chicago: University of Chicago Press. Chapter 2, pp. 33-65.
- TURNER, J.C. (1981a). The experimental social psychology of intergroup behaviour. In J. C. Turner and H. Giles (eds.), *Intergroup behaviour*. Oxford: Basil Blackwell and Chicago: University of Chicago Press. Chapter 3, pp. 66-101.
- TURNER, J.C. (1982). Towards a cognitive redefinition of the social group. In H. Tajfel (ed.), *Social identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press and Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme. Chapter 1, pp. 15-40.
- TURNER, J.C. (1984). Social identification and psychological group formation. In H. Tajfel (ed.), *The social dimension: European developments in social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press and Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Vol. 2. Chapter 25, pp. 518-538.
- TURNER, J.C. (1985). Social categorization and the self-concept: a social cognitive theory of group behaviour. In E. J. Lawler (ed.), *Advances in Group Processes*. Vol. 2, pp. 77-122. Greenwich, Connecticut: JAI Press.
- TURNER, J.C. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford and New York: Basil Blackwell. 239 pp.
- TURNER, J.C. (1981b). Some considerations in generalizing experimental social psychology. In G. M. Stephenson and J. H. Davis (eds.), *Progress in applied social psychology*. Vol. 1. Chichester: Wiley. Chapter 1, pp. 3-34.